



Trabajo turístico: visibilidad o empoderamiento de las mujeres indígenas de Atlapulco, México

Recibido: 12/04/18 · Aceptado: 21/06/18

Lilia Zizumbo Villarreal
Martha Garduño Mendoza
Elva Esther Vargas Martínez
*Facultad de Turismo y Gastronomía
Universidad Autónoma del Estado de México*

Resumen

En los últimos años, la actividad turística se ha caracterizado por la incorporación de espacios rurales a la dinámica comercial del turismo rural, en la cual la prestación de servicios que requieren la participación de la mujer representa la principal actividad económica para algunos pueblos indígenas. Así, esta investigación tiene como objetivo analizar la inserción de las mujeres al trabajo turístico y cómo esta les ha permitido revalorizar su posición en la familia y en las estructuras locales de poder, así como su autonomía. Para examinar el empoderamiento de la mujer se tomó como referente teórico a Rowlands (1997), cuyo planteamiento posibilitó caracterizar las dimensiones del empoderamiento y las formas de poder en torno a estas. El proceso metodológico fue mixto, ya que se combinó lo cuantitativo con lo cualitativo. En cuanto a lo cualitativo, se aplicaron historias de vida a mujeres que participan en la labor turística. El principal hallazgo es que en San Pedro Atlapulco la mujer solo ha sido visibilizada a partir de su incorporación al turismo. Se concluye que es difícil hablar de empoderamiento, pues culturalmente el hombre sigue siendo quien tiene el poder y la mujer continúa siendo visualizada como inferior al hombre, a pesar de su poder derivado del trabajo turístico.

PALABRAS CLAVE: Empoderamiento, visibilidad, trabajo turístico, mujeres, Atlapulco.

Tourism Jobs: visibility or empowerment of indigenous women in Atlapulco, México



Lilia Zizumbo Villarreal
Martha Garduño Mendoza
Elva Esther Vargas Martínez
*Facultad de Turismo y Gastronomía
Universidad Autónoma del Estado de México*

Abstract

Tourism in recent years has been characterized by the incorporation of rural areas to the commercial dynamics of rural tourism where the provision of services that require participation of women represents the main economic activity for some indigenous communities. This research has the objective of analyzing the integration of women to tourist jobs and how this has allowed them to reappraise their position in the family and in the local political power structures as well as their autonomy. To analyze the empowerment of women, Rowlands (1997) was used as a theoretical reference whose approach allowed characterizing the dimensions of empowerment and the forms of power around these. A combined methodology was applied, combining qualitative and quantitative factors. In terms of qualitative approach, life stories of women who engaged in tourism work were studied. The main finding is that in San Pedro Atlapulco women have only been visible due to their incorporation to tourism. It is concluded that it is difficult to speak of empowerment since culturally, man continues to be the one who has the power and women is still considered as inferior to man, despite their power derived from tourist work.

KEY WORDS: Empowerment, visibility, tourist work, women, Atlapulco.



Introducción

La incorporación de las mujeres al trabajo ya no es cuestionable, es más bien vista como una necesidad para complementar el ingreso familiar. Hoy en día, las mujeres son el soporte de la mayoría de las familias, decisión que no fue tomada por ellas, sino que se derivó del desarrollo económico y de la necesidad del capital por expandir su dominio y su acumulación. Esto provocó cambios en sus formas de vida para garantizar su sobrevivencia, así como un mayor trabajo, ya que a los quehaceres de su hogar se suman los que realizan en su microempresa, de modo que el trabajo se duplica o triplica, según sea el caso.

Esto ha suscitado diferentes interpretaciones o ideas de lo que sucede en torno a ellas. Para algunos, las perspectivas son ventajosas e importantes, para otros son terribles, porque destruyen a la familia y cuestionan el papel del hombre en la sociedad. Cabe señalar que estos cambios ocurren de acuerdo con las condiciones culturales, económicas y geopolíticas en las que están inmersas. Particularmente las mujeres indígenas de Atlapulco se integraron a la actividad turística de manera paulatina y en condiciones libres, propiciado por el trabajo asociado con los servicios turísticos.

San Pedro Atlapulco pertenece al municipio de Ocoyoacac, Estado de México; se localiza aproximadamente a ocho kilómetros del Parque Nacional Insurgente Miguel Hidalgo y Costilla, denominado “La Marquesa”, donde, gracias a la llegada de visitantes, hombres y mujeres se incorporaron a los servicios turísticos, impulsando el turismo rural y favoreciendo la economía de las familias que habitan en la región (Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 2010).

Los primeros acercamientos de la población con la actividad turística se dieron a partir de que las mujeres pertenecientes a las comunidades cercanas a los valles comenzaron a vender productos gastronómicos típicos de la localidad. Por otro lado, los hombres que contaban con caballos ofrecieron paseos cortos a lo largo del parque, los cuales son hoy en día uno de los atractivos más importantes.

A partir de los años sesenta, el turismo se fue consolidando en la zona por medio de la organización de los pobladores en la prestación de servicios, hasta que surgen los Valles Turísticos como una organización independiente, pero vinculada con la Asamblea Comunal, conformada por un presidente, un secretario y dos vocales, quienes duran un año en el cargo y cuyo trabajo es catalogado

como honorario. Los jefes de familia solicitan ante ella su participación en el trabajo turístico, derecho que solo les corresponde a ellos; la mayoría elige el giro de alimentos, porque serán sus esposas e hijas quienes se harán cargo de la empresa familiar.

Vale mencionar que, antes de la llegada de la actividad turística, las mujeres estaban acostumbradas a una vida dentro del seno familiar y de la comunidad; tenían una visión del mundo que giraba en torno al cumplimiento de las tareas culturales propias de las mujeres, como el trabajo doméstico, el cuidado de los hijos y otras que propiciaban el bienestar de la familia. Su papel en el mundo se construía a partir de las ideas incuestionables de los hombres (abuelos, padres, tíos, hermanos e hijos). Por lo tanto, era una vida de sometimiento, sin posibilidades de construir sus propias ideas. Integrarse a la labor turística les ha implicado mayor trabajo pero, a cambio, ellas han logrado nuevas experiencias sobre su vida, su contexto familiar y su comunidad. De modo que ya no son las mujeres calladas y sumisas de antes, pues ahora participan en las decisiones de la familia y de los hijos para garantizar una mejor calidad de vida en su hogar, además de que se interesan por lo que sucede en su comunidad y en sus valles. A partir de la información y la experiencia que han adquirido con su participación en el trabajo turístico, influyen en los hombres para que se involucren y mejoren las condiciones de la comunidad. Las mujeres se han convertido en un pilar en el desarrollo turístico en espacios rurales y son protagonistas de un cambio, el cual se transmite de generación en generación.

El objetivo de este artículo se centra en analizar la incorporación de las mujeres al trabajo turístico y en qué medida este les ha permitido revalorizarse, ganar autonomía, renegociar su posición en la familia y en las estructuras locales de poder. Para lograr lo anterior fue necesario el planteamiento de los siguientes objetivos específicos: conocer las formas de integración de las mujeres al trabajo turístico a lo largo de la historia de San Pedro Atlapulco; determinar los cambios de estas en cuanto a su persona; identificar las capacidades de negociación y relaciones de poder; cualificar la participación e integración de las mujeres en actividades turísticas en cuanto a forma de vida, toma de decisiones y autonomía, para, finalmente, examinar la existencia o no de empoderamiento a partir de su incorporación al trabajo turístico.



La investigación se sustenta en la propuesta teórica de Rowlands (1997), quien señala que el empoderamiento incluye tres niveles: el personal, es decir, desarrollar el sentido del ser y la capacidad individual, que deriva en la toma de conciencia de la situación de opresión que se vive; las relaciones cercanas, donde el empoderamiento significa el desarrollo de habilidades de negociación y toma de decisiones dentro de una relación; y el colectivo, que se refiere al trabajo conjunto, incluyendo la participación en estructuras políticas, dentro de un modelo cooperativo, y se subdivide en local o informal y en colectivo institucional o formal. Este tipo de empoderamiento implica trabajar en objetivos comunes con el fin de tener un impacto más amplio que trascienda el poder que cada individuo pueda desarrollar.

La utilización del método histórico, dialéctico y etnográfico posibilitó obtener información documental y de campo, para conocer los cambios que las mujeres han tenido en los ámbitos personal, familiar, laboral y comunal. El trabajo de campo se realizó de marzo a diciembre de 2017, mediante la aplicación de historias de vida a mujeres que participan en la actividad turística, lo cual permitió conocer las particularidades de la población femenina. Un primer acercamiento mostró que la situación de la mujer se ha ido transformando paulatinamente, sobre todo en su cotidianidad, lo que ha llevado a modificaciones de la dinámica familiar.

Empoderamiento. Un acercamiento teórico

La idea de empoderamiento tiene su origen en la década de los sesenta con el enfoque de Paulo Freire (1968), quien postula la necesidad de ofrecer al pueblo una educación que lleve a la responsabilidad sobre sí mismo. La educación le permitirá ser libre y tener esperanza para una vida mejor (cit. en Delgado, Zapata, Martínez y Alberti, 2010).

Así, el empoderamiento se puede ver en dos vertientes. La primera, propia del individuo construida desde el interior de cada ser social y tiene relación con su entorno económico, social y cultural. La otra, retomada por las instituciones que buscan que los individuos salgan de sus contextos para cumplir otros papeles que anteriormente les eran negados, como es el caso de las mujeres.

Young (1993) refiere que el empoderamiento comprende la alteración radical de los procesos y las estructuras que reproducen la posición subordinada de las mujeres como género (cit. en León, 1997). En otras palabras, las estrategias para el empoderamiento no pueden ser sacadas de su contexto histórico, como tampoco pueden ser vistas aisladamente de los procesos presentes.

En muchas ocasiones el término empoderamiento ha sido utilizado como sinónimo de integración, participación, autonomía y desarrollo, relegando su carácter emancipador, lo cual ha hecho que esta noción carezca de un significado concreto y, por tanto, el debate teórico ha tomado diversos rumbos (León, 1997). A pesar de ello, uno de los aportes se ubica en los estudios de género, donde la mujer ha ocupado un rol fundamental en torno a los procesos de empoderamiento.

La historia muestra que los movimientos de liberación femenina tienen sus antecedentes en la lucha por los derechos civiles de las personas de color, lo cual desencadenó el pensamiento político de las mujeres, tomando conciencia sobre la opresión sexista que se vivía; uno de los primeros triunfos fue el derecho de las mujeres al voto (Hooks, 2017). Logrado esto, el siguiente paso fue la incorporación de las mujeres al mercado laboral, lo que trajo como consecuencia una autonomía económica y, por ende, el uso de la noción de empoderamiento en los discursos de género y desarrollo.

Por ello, la teoría feminista ha utilizado este concepto en función de un cambio social, es decir, la transformación del rol de las mujeres en el sistema patriarcal mediante diversas estrategias de intervención y transformación de los modos de vida, en busca de una equidad de género y la liberación de las mujeres de la violenta opresión y subordinación a las que están sujetas (Hooks, 2017).

El uso del concepto de empoderamiento en relación con estudios de género también es interpretado de diferentes maneras y a veces hasta contradictorias, de acuerdo con el enfoque y las disciplinas que lo retoman. Moser (1989) visualiza el empoderamiento en términos de la capacidad de las mujeres para incrementar su propia autoconfianza y su fuerza interna, y tener el control de los recursos materiales y no materiales, hablando en especial de las mujeres en el Tercer Mundo.

Por otro lado, Stromquist (1988) analiza el empoderamiento por medio de tres componentes: el cognitivo, el psicológico y el económico, en donde las



mujeres primero deben ser conscientes de su situación subordinada, para después desarrollar autoestima y confianza en sí mismas y así incorporarse a la realización de alguna actividad productiva con remuneración.

Desde una perspectiva psicológica, Riger (1997) argumenta que el empoderamiento a raíz de los procesos cognitivos de las mujeres contribuye a convertir lo político en algo personal, resaltando aspectos de autogeneración, control y dominio, que antes estaban relacionados solo con el género masculino.

Young (1993 cit. en León, 1997) y Schuler (1997) plantean que el empoderamiento es la base para una transformación social, en donde las mujeres dejen de ser subordinadas y tomen acciones dentro de las estrategias de desarrollo y planificación, así como en la toma de decisiones. El empoderamiento entonces tendrá que ser un acto colectivo, es decir, las mujeres comenzarán con un cambio individual que se transformará en una acción colectiva. Esto lleva a pensar al empoderamiento como parte de movilizaciones políticas que desafían las relaciones de poder y dominación del actual sistema patriarcal.

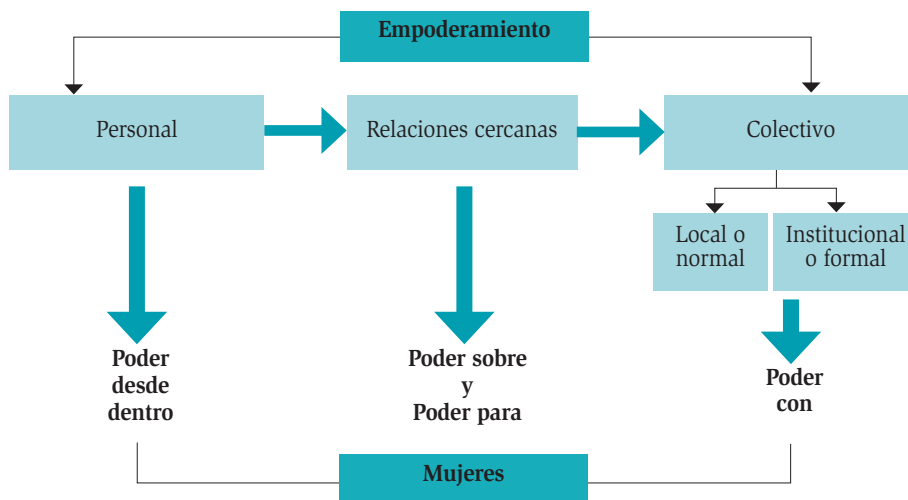
Los conceptos antes mencionados proporcionan un panorama de las diversas formas en las que se ha utilizado la noción de empoderamiento, sin embargo, para efectos de esta investigación se tomó como referente teórico a Rowlands (1997), quien ha hecho estudios sobre el empoderamiento de las mujeres en América Latina, especialmente en Honduras, una realidad semejante a la que se vive en México, utilizando la noción de poder como base para entender el empoderamiento.

Entonces el poder se convierte en un elemento de análisis al hablar de empoderamiento, que, de acuerdo con Foucault (1980), es visto como parte de las relaciones sociales y opera en todos los niveles de la sociedad, desde las relaciones interpersonales hasta llegar a los aparatos de Estado, por lo cual el empoderamiento debería actuar de igual manera, para lograr una transformación social.

De esta forma, Rowlands (1997) propone cuatro tipos de poder: *a)* poder desde dentro: que es la fuerza espiritual y la unidad que reside en los individuos, lo que nos hace humanos –la base sobre la que se construye el empoderamiento–; *b)* poder sobre: referido al poder que tiene uno o más individuos sobre otro u otros, localizado en procesos de conflictos y toma de decisiones; *c)* poder para: es un tipo de poder generativo, o sea, donde el liderazgo es fundamental para el avance de un grupo; y *d)* poder con: se refiere a la suma de los poderes

individuales. Este análisis del poder coadyuva a lograr una modificación de las estructuras patriarcales de la sociedad que reproducen la subordinación de las mujeres.

A partir de esta clasificación del poder, el empoderamiento se puede estudiar desde tres dimensiones: 1) personal: es decir, desarrollar el sentido del ser y la capacidad individual, que deriva en la toma de conciencia de la situación de opresión que se vive; 2) relaciones cercanas: aquí el empoderamiento significa el desarrollo de habilidades de negociación y toma de decisiones dentro de una relación; y 3) colectiva: se refiere al trabajo conjunto, incluyendo la participación en estructuras políticas, dentro de un modelo cooperativo. El empoderamiento, desde la última dimensión –colectiva–, se subdivide en local o informal y en colectivo institucional o formal (Rowlands, 1997) (véase figura 1).



Fuente: Elaboración propia con base en Rowlands (1997).

FIGURA 1: Dimensiones del empoderamiento de la mujer

Lo anterior permitió un acercamiento a la realidad que se vive en la comunidad, en donde el trabajo turístico es visto como una acción de emancipación y empoderamiento de la mujer indígena.

Las mujeres y el trabajo turístico

Las mujeres históricamente han conservado y manejado los recursos de la comunidad de Atlapulco, lo cual ha sido de suma importancia para la permanencia y la organización de esta. En la época prehispánica, las mujeres se dedicaban a la obtención de ixtle para tejer tela y ayates, además de su colaboración en la siembra y la cosecha de maíz para el autoconsumo, tomando a la tierra como un elemento sagrado para la reproducción de la vida (Gutiérrez, 1997).

En la Colonia, la tierra era considerada un factor de identidad, y tanto mujeres como hombres luchaban por la integridad de su patrimonio territorial en oposición al establecimiento de haciendas españolas. En Atlapulco, el rol más importante de la mujer en esa época estaba destinado a las labores domésticas, sin dejar de lado sus actividades agrícolas. Durante el movimiento revolucionario, la intervención femenina se caracterizó por el apoyo a los combatientes indígenas y campesinos, llegando incluso a participar en el frente de combate de las fuerzas revolucionarias (Gutiérrez, 1997).

A raíz de esta lucha armada se promovió la recuperación de las tierras que habían sido despojadas durante el Porfiriato; con ello, la comunidad de San Pedro Atlapulco se vio beneficiada al serle restituidas las tierras comunales, estableciéndose de esta manera la pequeña propiedad, lo cual impulsó nuevamente la actividad agrícola en la región (Iracheta, 1998).

Es así como la mujer adquiere un papel relevante dentro de la conformación económica, política y social de la comunidad y es reconocida por luchar a favor de la preservación de la tierra e identidad comunal, sin embargo, es visualizada como un actor sumiso ante una sociedad patriarcal, donde el hombre representa la fortaleza y el sustento familiar, en pocas palabras, el poder.

La familia es el ente de mayor importancia dentro del pueblo, donde se da el primer proceso de socialización del individuo, el cual incluye pautas de conducta, así como la formación de identidades, en función de los roles de género. Por lo tanto, para la mujer campesina la familia significaba el núcleo de unión, trabajo y transición de valores, esto en relación con la estructura y el funcionamiento de las unidades de producción (Pérez, Zizumbo y Miranda, 2012).

A pesar de que las mujeres contribuían a la economía familiar mediante su trabajo en el campo, no fueron tomadas en cuenta como actoras económicamente activas y el hombre seguía manteniendo su reconocimiento como

proveedor y jefe de familia. Además del trabajo de la mujer en el campo, también participaba en la recolección y el intercambio de leña, en la elaboración de pulque (con ayuda de los varones) y de productos artesanales como dulce, textiles y pan. Es así que la mujer a lo largo del tiempo ha sido restringida y vista solo en función del trabajo doméstico no remunerado.

En cuanto a la toma de decisiones y opinión de la mujer dentro del núcleo familiar, era tomada en cuenta sobre todo en lo que respecta a temas relacionados con educación de los hijos, distribución de tareas en el hogar de acuerdo con los roles de género, producción agrícola, gastos y ganancias, por lo tanto, tenía la habilidad de influir en la solución de conflictos internos y ayudar a mejorar la relaciones familiares. Pero al momento de exteriorizar alguna solución u opinión en un espacio distinto del núcleo de parentesco, era el hombre quien se encargaba de hacerlo, mostrando de esta manera su respeto hacia el varón. En el nivel comunitario, las mujeres no son tomadas en cuenta en las decisiones (Pérez et al., 2012).

Como se puede observar, tanto en el espacio privado como en el público las mujeres de Atlapulco parecen ser invisibles para la sociedad, ya que sus actividades domésticas y agrícolas (recolección de hongos y cosecha) no generan una remuneración económica, lo que hace que su figura sea secundaria.

Cabe señalar que no todas las mujeres son oriundas del lugar, ya que existe un amplio movimiento poblacional debido a la necesidad de los hombres de trasladarse principalmente a la Ciudad de México en busca de empleo y mejorar sus condiciones de vida, lo que ha originado que la población se diversifique, ya que muchos varones contraen matrimonio con mujeres foráneas que llevan a vivir a la comunidad. La Ciudad de México, Guerrero y Tlaxcala son los principales sitios de donde provienen estas mujeres migrantes, quienes al casarse con un nativo se vuelven parte de la comunidad y, por ende, tienen el derecho de participar en la prestación de servicios turísticos.

El contexto migratorio no ha afectado su organización comunal, pero la visión que tienen las mujeres de otros estados es distinta de las originarias de Atlapulco, lo cual ha sido de utilidad al momento de incorporarse al turismo, sobre todo en lo referente al manejo de sus negocios. La integración de las mujeres al trabajo turístico fue por decisión propia, en función de sus condiciones familiares, es decir, el hombre ya contaba con un empleo, pero el salario era insuficiente.



La actividad turística tiene sus antecedentes en los años sesenta, y están estrechamente vinculados con la declaratoria oficial del parque como un área natural protegida. Asimismo, el aumento de visitantes ha generado el incremento de servicios acorde con sus necesidades. Es así que en la actualidad se localizan cinco valles: Valle del Silencio, Valle del Conejo, Rancho Viejo, El Potrero y Valle de las Monjas. Una de las primeras actividades que se empezó a ofrecer en ellos fue el alquiler de caballos para recorrer los distintos parajes, la cual les ha resultado muy rentable, debido a que ya contaban con los animales.

La llegada de más visitantes en fines de semana permitió la incorporación de un mayor número de familias al trabajo turístico. Tal situación abrió nuevos espacios turísticos, los cuales, si bien han diversificado las actividades económicas de los pobladores y generado recursos complementarios para su economía, también han transformado la vida de la localidad.

Uno de los servicios que ha crecido considerablemente es el de alimentos y bebidas: son establecimientos de carácter familiar, y pueden encontrarse desde restaurantes pequeños y sencillos hasta comercios más grandes y cómodos, algunos de los cuales rentan salones de fiestas para diferentes celebraciones (cumpleaños, aniversarios, XV Años, bodas, entre otras). Todas estas microempresas ofrecen por lo general platillos típicos de la región. En diferentes valles la renta de motocicletas también es muy demandada, ya que a muchos visitantes les gusta recorrer alguna de las pistas diseñadas para tal fin. En el valle de El Potrero construyeron un lago artificial, donde se alquilan lanchas, y también hay un tobogán de concreto de 15 metros.

Respecto a la edad de las mujeres que fueron entrevistadas y que laboran en los valles turísticos, se identificó que, en promedio, tienen entre 20 y 70 años: las de 20 a 29 años representan 43%; tanto las de 30 a 39 años como las de 40 a 49 años, 17%; las de 50 a 59 años, 10%; y las que han rebasado los 60 años, 13%. En el ámbito educativo, de las mujeres que se han incorporado a la actividad turística de los valles, 37% ha estudiado primaria, 23% secundaria, 34% preparatoria y 6% incluye a aquellas que tuvieron acceso a una licenciatura o alguna carrera técnica. En el caso de las mujeres que aún son niñas o señoritas, hoy en día tienen mayores posibilidades de acceso a la educación sin salir de su comunidad, pues cuentan con escuelas de nivel medio superior.

En cuanto al estado civil de las microempresarias, 83% son casadas, 10% solteras y 7% viudas. Independientemente de su estado civil, todas viven en

familia, aunque algunas solo con su esposo e hijos, la mayoría de las casadas viven con sus padres o suegros, 5% tiene que compartir la vivienda con algún otro familiar. En promedio tienen dos hijos. Antes de incorporarse a la actividad turística se dedicaban a estudiar (37%), a los quehaceres del hogar (33%), y otras practicaban su profesión, eran comerciantes o trabajaban en los valles (30%).

Se aprecia que 100% de las mujeres se integró a la prestación de servicios turísticos por decisión propia, aunque asumen que era necesario, porque los recursos obtenidos por su pareja eran insuficientes para salir adelante con su familia. En tal sentido comentan que el principal motivo por el que empezaron a trabajar fue para ayudar a su familia a tener una mejor vida; algunas otras refieren que fue una decisión que tomaron en pareja.

En torno a lo anterior se puede decir que 74% de las microempresas son manejadas por mujeres o, en su caso, forman parte importante de ellas, sobre todo cuando el giro principal es de alimentos y bebidas, ya que les da la oportunidad de incorporarse a emprendimientos femeninos, teniendo el hombre un papel secundario en las actividades operativas y administrativas. Pero ante la sociedad comunal, los hombres son los propietarios de los negocios, pues son ellos los que tienen derechos, participan en las juntas comunales y dan su opinión en los distintos asuntos, propios de la comunidad.

Hay mujeres que ya llevan 30 años trabajando en los diferentes valles, puesto que comenzaron a desempeñarse con sus padres desde los 9 años de edad; actualmente se han independizado y tienen un negocio familiar propio; los giros se dividen en alimentos y bebidas (60%), caballos (6%), cuatrimotos (13%), y a lanchas, artesanías y venta de dulces tradicionales, así como al gotcha, les compete 7%, respectivamente. En cada uno de esos establecimientos los miembros de la familia se incorporan en las diversas tareas; por ejemplo, las mujeres preparan los alimentos (tortillas, guisados, café, atole, quesadillas, sopas, entre otros), además de hacer la limpieza; mientras que los hombres, según el giro del negocio, le dan mantenimiento, ayudan con las compras y el traslado de insumos, se encargan de recolectar leña y de todo aquello que sea necesario para el buen funcionamiento del establecimiento.



Dimensiones de empoderamiento de la mujer

Las mujeres consideran que han tenido libertad para integrarse al turismo, y la aprobación de su pareja ha sido esencial para el desarrollo de sus actividades fuera del hogar. Reconocen que la posición de sus esposos como comuneros las ha favorecido para acceder a un espacio en los valles y tener sus propios negocios.

Señalan que muchas ya realizan actividades en los valles, lo que ha modificado la vida del pueblo. Algunas trabajan solo los fines de semana, pero otras todos los días, ya que sus negocios se encuentran en zonas con afluencia turística diaria. Esto les ha permitido tener voz en el ámbito familiar (privado) y en el negocio que dirigen (público). María Isabel relata:

Quando no tenía el restorán, mi vida estaba en función de las necesidades de mi esposo y mis hijos, y muchas veces de lo que decía mi suegra. Yo no podía opinar ni tomar decisiones en nada y menos sobre el dinero, ni qué deberían hacer mis hijos para salir adelante. Ahora, ya puedo participar en las decisiones tanto de la casa como del negocio. Me siento reconocida por mi pareja y mis hijos, aunque no así de mi suegra, que piensa que descuido la casa por salir a trabajar.

Las mujeres se han fortalecido interiormente, saben que son importantes, se sienten seguras de lo que dicen y de cómo manejar los recursos económicos. Reconocen los cambios en su comportamiento, hasta suelen ser más alegres y extrovertidas. Rosario comenta:

Desde que vengo al valle a ofrecer mis dulces me siento otra persona; en la semana, me pongo a elaborar los dulces y los fines de semana salgo a ofrecerlos a los visitantes. El dinero que me gano es para comer mejor y poder comprar medicina y ropa que necesitan mis hijos. No son muchos los ingresos, pero lo más importante es que ahora yo decido que hacer con mi tiempo y el dinero, además que mi familia reconozca que lo hago por el bien de todos.

Las mujeres refieren que ellas están al frente de sus establecimientos, toman las decisiones con respecto a las compras y a la decoración, y que de ellas dependen las personas que les ayudan, el cobro y el resguardo del dinero. Aunque habría que mencionar que, independientemente de que sean ellas las que administran el negocio y el dinero producto del trabajo turístico, no siempre

disponen de una parte para usarlo en su persona, pues lo más importante es reinvertir en las necesidades del negocio, comprar algunas cosas para el hogar, y ahorrar un poco. Al respecto se cita: “Sí, porque yo sé todo lo que se necesita para mantener el negocio, así como para el bienestar de toda la familia”.

A partir de su incorporación a la labor turística, la situación de las mujeres se ha transformado de manera paulatina, han experimentado cambios en su cotidianidad y en su persona, se sienten más activas y diferentes, como señala María Elena: “Me siento feliz de convivir con otras personas, eso me ha abierto mi mente, ahora me intereso en cosas que antes no veía, como lo que sucede en el valle con los demás integrantes, en la comunidad o en mi país y eso porque me interesa saber más para poder orientar a mis hijos en lo que desean hacer”.

Todas las mujeres que se han integrado al trabajo turístico dicen ser distintas de sus abuelas y madres; piensan que tienen autonomía y poder en sus negocios y en sus familias, y, desde su perspectiva, han mejorado sus condiciones de vida. Mencionan que en su pasado han encontrado la fuerza para seguir adelante, creen que sus hijos tienen más posibilidades de un futuro mejor, y por ellos realizan el trabajo necesario, sin importar los obstáculos que enfrentan, o las limitaciones que ocasionan que sus días sean más difíciles. Según comenta Soledad: “Desde que ayudo en el restorán y soy responsable del mismo, tengo voz en cuanto a qué comprar, qué preparar, cuánto cobrar y cómo distribuir los ingresos, eso me hace sentir otra, porque ya puedo decidir qué hacer en el negocio y con las ganancias; reconozco que es más trabajo, pero todo esto lo hago por el bien de mis hijos”.

Entre los principales cambios, las mujeres visualizan una variación en su carácter; su explicación es que al salir de su casa para trabajar en un ámbito distinto la tensión diaria disminuye, lo cual mejora la convivencia con hijos, esposo y otras personas, coadyuvando a la solución de problemas dentro del hogar y de sus negocios. Otro cambio es la remuneración que obtienen por desempeñar su trabajo en el valle, por ello lo hacen con gusto; además, algunas actividades que realizan en su hogar las repiten en su negocio, es decir, no tienen que aprender a hacer algo distinto, pues están acostumbradas a ello. “Las cosas cambiaron mucho en mí, ahora pienso diferente, digo lo que pienso, ya no tengo que hacer todo en el negocio, ni en la casa, todos participamos”, apunta Carmen.

Para la mayoría de las mujeres, ambos trabajos son importantes porque les permiten convivir con su familia; uno les provee dinero, y en el hogar su satisfacción es que su casa está en mejores condiciones, asimismo, no les molesta hacer los quehaceres domésticos, ni cuidar a la familia, los animales e ir a las parcelas. Sin embargo, hay mujeres que comentan que sus condiciones de trabajo han cambiado, puesto que tanto la prestación de servicios como el hogar requieren de tiempo y ahora tienen trabajo extra.

El tiempo y el esfuerzo que las mujeres le han dedicado a la prestación de servicios y labores domésticas las ha colocado como mujeres trabajadoras y empoderadas dentro de la sociedad comunal. La remuneración que obtienen les ha permitido ayudar en el sostenimiento y mejora de las condiciones familiares, así como tener una cierta autonomía e independencia con respecto a los hombres, experimentando cambios en diversos aspectos de su vida tanto individual como colectiva, lo que les genera un sentimiento de satisfacción. Como señala Leonor:

cuando inicie el trabajo en el valle, era muy insegura, no sabía qué se debía ofrecer, todo me daba miedo, en casa preparaba cosas muy sencillas y acá tuve que aprender a cocinar más. Fui con mi comadre, que también tiene un restorán, para que me enseñara, dónde comprar, cómo preparar y ofrecer los alimentos para que se vean más atractivos para los visitantes. Ahora ya me muevo como un pez en los mercados, en mi establecimiento y en el trato con los visitantes, me siento segura y siento que ya soy otra.

Por otro lado, la participación de las mujeres en el trabajo turístico les ha otorgado poder respecto a la toma de decisiones en lo referente al manejo y control del negocio y muchas veces la distribución de los ingresos, lo que política y socialmente representa una forma de empoderamiento. Pero a pesar de que son ellas quienes administran el negocio, no tienen autonomía en cuanto a las decisiones dentro del hogar, así como en el valle o en la comunidad, ya que dependen de la opinión del esposo.

De esta manera, al interior del hogar se desarrolla un sistema de regulación de fuerzas, que se apoya en las normas establecidas por la comunidad como freno al ejercicio público del poder que tienen las mujeres. La puesta en práctica de la autoridad y el dominio, socialmente atribuidos al hombre, es por lo común regulada por la intervención y la vigilancia de las mujeres, quienes se

apoyan en su activo papel como productoras y reproductoras en la comunidad.

Para fundamentar el papel tan relevante que ha desarrollado la mujer, apoyando e impulsando al hombre a lo largo del tiempo, se podría hablar de las particularidades que caracterizan el ser, el pensar y el actuar de las mujeres de la comunidad, teniendo como principal instrumento la convicción con la que ellas hacen presunción de pertenecer a esta, así como de ser mujeres y la importancia que este hecho da a su existencia (Pérez et al., 2012). Entonces, las mujeres cuentan hasta cierto punto con poder dentro del hogar y de la comunidad.

De acuerdo con las dimensiones del empoderamiento que se plantearon en la investigación, por un lado se tiene que las mujeres de Atlapulco cuentan con un *poder desde adentro*, es decir, se aceptan a sí mismas como actrices activas y reconocidas de la comunidad a partir de su participación en el trabajo turístico, lo cual las lleva a respetar y reconocer a los demás miembros, percibiéndose a sí mismas capaces de tomar decisiones dentro del hogar y de los espacios comunitarios. Esto se traduce en la base para el desarrollo de un empoderamiento, ya que en el nivel personal ellas se consideran autónomas y con libertad, desplegando una conciencia del papel que tienen dentro de su comunidad.

Respecto al *poder* que tienen las mujeres *sobre* uno o más individuos, esto es visible con los hijos y con las personas que están a su cargo dentro de los establecimientos turísticos, lo cual debilita los procesos de victimización por ser de género femenino, y les da confianza para una toma de decisiones oportuna y la injerencia adecuada en los procesos de conflicto. Aunque socialmente no tienen ningún poder sobre los hombres, sí influyen en su toma de decisiones.

Con relación al *poder* para, las mujeres de Atlapulco, por medio de su participación en el sector turístico, tienen la capacidad de establecer nuevas formas de ser y actuar para mejorar las condiciones de la familia y de la comunidad, lo que se manifiesta en el liderazgo que protagonizan al contribuir económicamente al desarrollo de su comunidad y del hogar.

En este sentido, para que se pueda hablar de empoderamiento, las mujeres deben tener la capacidad de realizar acciones para un cambio, las cuales no solo se visualizan en una mejora de las condiciones de vida familiares, ni en tener la capacidad de relacionarse con los otros para un fin común. Por lo que repensar su condición como personas subordinadas respecto al género masculino supondría una modificación en la naturaleza de las relaciones entre géneros, lo



cual hasta el día de hoy no se ha concretado, ya que el hombre sigue representando la figura de poder dentro la comunidad.

De esta manera se vislumbra que exista un *poder desde dentro* de la comunidad indígena de Atlapulco, esto es, la suma de los poderes individuales que coadyuven a generar una mejora en la situación tanto familiar como comunitaria a partir del trabajo turístico, todo esto desde una dimensión colectiva, que incluya no solo lo personal sino también lo relacional con otras mujeres y con la colectividad.

La inclusión de las estructuras económicas como los negocios turísticos establece competitividad y debilita la unificación de las mujeres en cuanto a su empoderamiento, por lo cual el modelo cooperativo comunitario femenino representa un desafío. El empoderamiento se da internamente y sobre todo con la familia; son pocas las que se sienten unidas a otras mujeres, pues el negocio ha hecho que se vean como competencia y se aíslen.

Con este análisis se puede argumentar que la mujer indígena de San Pedro Atlapulco solo ha sido visibilizada a partir de su incorporación al turismo, pero que es difícil hablar de empoderamiento, ya que culturalmente el hombre sigue siendo quien tiene el poder y la mujer continúa siendo visualizada como una persona inferior al hombre, a pesar de su autonomía y poder derivados del trabajo turístico.

A manera de conclusiones

A partir de lo expuesto, se puede explicar que desde su nacimiento la mujer, aún sin saberlo, llega a un mundo condicionado en el que debe asumir determinado comportamiento de acuerdo con el contexto social y cultural en el que le tocó vivir, y en el que tiene que enfrentar múltiples relaciones discriminatorias, relegándola a un segundo o tercer plano tanto en el ámbito público como en el privado. Sin embargo, a pesar de la carga social y cultural adjudicada, las mujeres se han preocupado por transformar esta sociedad a partir de una nueva identidad en la que pensar en sí mismas es la prioridad, pues de ello depende que puedan cambiar los patrones culturales tradicionales que les han sido impuestos, y que han permanecido por generaciones.

En tal sentido hay factores sociales internos, externos, coyunturales o estructurales que han modificado la forma de pensar y de actuar de las mujeres

en las diferentes épocas, proceso que ha sido lento y difícil de enfrentar; muy pocas mujeres han podido involucrarse en la toma de decisiones a partir de su participación e integración a diversos espacios públicos o privados, sorteando obstáculos impuestos por una sociedad que se ha caracterizado culturalmente por circunscribirlas a tareas del hogar y cuidado de la familia (hijos, padres, hermanos, entre otros), coartando con ello sus derechos y libertad; al mismo tiempo que se ha otorgado a los hombres las facilidades para decidir lo que ellas pueden o no hacer, e imponerles el castigo correspondiente en caso de que violenten las normas establecidas.

En San Pedro Atlapulco la realidad de las mujeres no es muy distinta de la que viven otras que habitan poblaciones rurales, empero, el turismo que se ha venido desarrollando se ha convertido en una de las principales actividades para la comunidad, permitiendo la participación activa de las mujeres en la prestación de servicios turísticos y de esta manera contribuir económicamente al sostén familiar y comunitario, así como integrarse al terreno público. Esto ha traído consigo el reconocimiento de las mujeres como parte fundamental en los ámbitos social y económico de la comunidad. En este aspecto, la intervención femenina en la distribución del sustento ya no está habilitada solo para dominar en el campo doméstico, puesto que ahora su autoridad se manifiesta en la toma de decisiones tanto al interior del hogar como en las relaciones de producción.

Entonces, el trabajo turístico propicia una forma de libertad para las mujeres, ya que al recibir una remuneración económica tienen posibilidades de independencia, toma de decisiones y opinión pública. Es por ello que se dice que las mujeres están empoderadas, pero antes de reconocer este argumento se revisó mediante la investigación de campo cuál es la realidad en la que ellas viven con relación a su visibilidad o empoderamiento a partir de la labor turística.

Las mujeres seleccionadas manifestaron que parte de su vida enfrentaron situaciones de pobreza, incertidumbre, bajo nivel educativo, invisibilidad, rezago y exclusión social. Situaciones que las obligaron a salir de su entorno cotidiano en busca de trabajo lejos de sus hogares, desempeñándose como trabajadoras domésticas o vendedoras ambulantes en la Ciudad de México.

Por otro lado, su incorporación a la prestación de servicios les brinda la posibilidad de ser partícipes en la toma de decisiones, aunque esto no se



extiende a los asuntos del hogar o a su participación en las asambleas, en donde las decisiones las toman los varones. Es decir, se involucran en la toma de decisiones de manera funcional para que el trabajo en los valles transcurra con normalidad, pero sin ser partícipes tan cercanas o con mayor autoridad en las juntas comunales o como miembro de algún órgano administrativo, dejando a los hombres a cargo de estas tareas.

La poca participación en temas políticos les genera desventaja, al dejar en manos de los hombres las decisiones en cuestiones que les atañen; lo mismo pasa al no tener oportunidad de ser escuchadas en las asambleas o reuniones en las que se tratan asuntos importantes de la comunidad. Por tanto, su participación en la toma de decisiones es subjetiva, pues son consideradas más bien por su aporte en la generación de ingresos determinada por el número de mujeres en la localidad, que por su disposición para el trabajo turístico y su importancia en el desarrollo de la comunidad.

Por otra parte, su incorporación al trabajo turístico ha modificado su forma de hablar, de vestir, de conducirse y de relacionarse con su comunidad y con los visitantes que arriban a los valles, logrando cierta autonomía en comparación con la mujer indígena de años atrás. Las mujeres argumentan que la necesidad de salir adelante les ha facilitado alejarse del prototipo femenino representado por sus madres y abuelas, por lo que consideran que son visibles ante la sociedad por formar parte de las actividades económicas crecientes en su comunidad; mencionan que en su hogar son reconocidas y respetadas por sus hijos y esposos, ya que ahora las visualizan como un ejemplo de trabajo; aunque admiten que aún hay mujeres que siguen reproduciendo su invisibilidad social ante sí mismas y ante su comunidad.

A pesar de lo que señalan las mujeres de Atlapulco, su inclusión social como trabajadoras no tiene un avance relevante, ya que sus aportaciones al hogar y a la familia no resultan ser tan representativas como pudiera pensarse, sobre todo porque siguen siendo relegadas a los roles de esposa, hija o madre, además, no han podido obtener un espacio en los valles por sí solas, sus peticiones no pueden ser presentadas en el Consejo Comunal y sus voces siguen sin ser escuchadas si no es por medio de un hombre, sea esposo o padre, o a menos de que sean viudas. Es decir, aunque su incorporación al trabajo turístico les ha permitido tener una perspectiva diferente de sus propias personas y de la

vida de las próximas generaciones, aún les hace falta mucho para alcanzar el empoderamiento que otras mujeres ya han logrado.

Al respecto cabe señalar que el trabajo turístico es solo un peldaño que las mujeres han conseguido escalar para llegar al empoderamiento, pues cualquier trabajo por sí mismo no lo posibilitará, ya que va más allá de integrarse a las actividades económicas, más bien habría que diferenciar entre lo que debe ser y lo que ha impuesto el género por el solo hecho de ser mujer. En otras palabras, las mujeres no se empoderan únicamente por acceder a un trabajo remunerado, en este caso la actividad turística de los valles, pues aunque en una etapa de la historia fue un logro importante, no cumple con la visión de empoderamiento que debe tener un sujeto para decir que tiene el poder de ser. En realidad, se necesita más que solo trabajar para poder cumplir con los requerimientos que actualmente la sociedad demanda, siendo fundamental el desarrollo de habilidades para dirigir sus vidas hacia una igualdad y una equidad de género, que les permita tener diversas oportunidades y visiones del mundo que les rodea, además de conquistar su vida y su entorno.

Aunque es posible citar que las mujeres, al ser dueñas de su tiempo y espacio dentro de sus hogares, han alcanzado un empoderamiento individual, es innegable un atraso en el empoderamiento que otras comunidades han conseguido mediante la unión de mujeres creadoras de cooperativas y redes sociales cuyo trabajo se orienta a garantizar la participación femenina en el nivel social, involucrándose en la toma de decisiones de los hombres, incluso con presencia al exterior de sus comunidades, gestionando apoyos en determinadas instituciones para sus cooperativas o comunidades, tratando de lograr un empoderamiento completo.

Por último, habría que valorar que si bien las mujeres de Atlapulco no se han empoderado por su participación en el trabajo turístico, también es cierto que se puede considerar que están a un paso de alcanzarlo; para ellas, este momento ha sido decisivo para hacerse visibles, ya que su trayecto hasta aquí no fue un día de trabajo, sino el andar de sus madres y abuelas, quienes emprendieron la labor en estos valles y de quienes han aprendido que sus capacidades y habilidades representan más de lo que sabían.



Fuentes consultadas

- Delgado, P. D., Zapata, M. E., Martínez, C. B. y Alberti, M. P. (2010). Identidad y empoderamiento de mujeres en un proyecto de capacitación. *Ra Ximhai*, 6(3), 453-467. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=46116015013>
- Foucault, M. (1980). *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*. Nueva York: Pantheon.
- Gutiérrez, P. (1997). *Ocoyoacac Monografía Municipal*. Toluca: Instituto Mexiquense de Cultura.
- Hooks, B. (2017). *El feminismo es para todo el mundo*. Madrid: Traficante de Sueños.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2010). *Censo de Población y Vivienda 2010*. México: Autor.
- Iracheta, M. (1998). *Ocoyoacac: la persistencia de un movimiento social*. Zinacantepec: El Colegio Mexiquense.
- León, M. (ed.). (1997). *Poder y empoderamiento de las mujeres*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Moser, C. (1989). Gender planning in the Third World: Meeting practical and strategic gender needs. *World Development*, 17(11), 1799-1825.
- Pérez, C., Zizumbo, L. y Miranda, S. (2012). Incorporación al turismo rural y transformación del Habitus en la mujer campesina de San Pedro Atlapulco, México. *Rosa Dos Ventos*, 4(2), 158-177.
- Riger, S. (1997). ¿Qué está mal con el empoderamiento? En M. León (ed.), *Poder y empoderamiento de las mujeres* (pp. 55-77). Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Rowlands, J. (1997). *Questioning Empowerment: Working with Women in Honduras*. Oxford, UK: Oxfam.
- Schuler, M. (1997). Los derechos de las mujeres son derechos humanos: la agenda internacional del empoderamiento. En M. León (ed.), *Poder y empoderamiento de las mujeres* (pp. 29-54). Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Stromquist, N. (1988). Women's education in development: From welfare to empowerment. *Convergence*, 21(4), 5-16.